
**“Los que tenemos unas manos
que no nos pertenecen”**
(A propósito de lo “Queer” y lo “Rarito”)

Carlos Monsiváis

En uno de sus sonetos “prohibidos”, tal vez de los años cuarenta, Salvador Novo (1904-1974), une a la perfección destreza satírica, placer de provocar y ultraje de sí mismo:

Escribir porque sí, por ver si acaso
se hace un soneto más que nada valga;
para matar el tiempo, y porque salga
una obligada consonante al paso.
Porque yo fui escritor y éste es el caso
que era tan flaco como perra galga;
crecióme la papada como nalga,
vasto de carne y de talento escaso.
¡Qué le vamos a hacer! Ganar dinero
y que la gente nunca se entrometa
en ver si se lo cedés a tu cuero.
Un escritor genial, un gran poeta...
Desde los tiempos del señor Madero
es tanto como hacerse la puñeta.

En catorce líneas, Novo resuelve con ironía afiladísima su drama personal, que implica abandono de la poesía, desistimiento de la vocación literaria en pos de la fortuna (la gran defensa contra la murmuración), celebración del placer comprado, choteo de las glorias de este mundo. En una palabra, el cinismo que compensa de “la pérdida del reino que estaba para mí”. Y Novo escribe este soneto al cabo de una batalla terrible, con gran costo psicológico para él, contra la sociedad que por lo menos exige hipocresía y silencio. Tras el

acoso múltiple, y de verse señalado como el Homosexual de México, Novo acepta parcialmente la derrota, y la traduce al idioma del descaro. A fin de cuentas, algo se logra: “y que la gente nunca se entrometa/ en ver si lo cedés a tu cuero”.

* * * *

Lo más semejante al uso de la expresión inglesa *queer*, a la vez “extraño” y *gay*, es el vocablo *rarito*, hoy ya jubilado, que a lo largo de la primera mitad del siglo hace en México las veces del exorcismo que transforma lo amenazador en lo banal, en lo graciosamente inofensivo y patético. Entre la variedad de términos para los homosexuales, el menos ofensivo y el más descriptivo de la tolerancia posible en las ciudades, es “rarito”, voz que denota la extrañeza divertida ante los prófugos de la Norma (de la naturaleza misma). El “rarito”: el más excéntrico de aquellos que han cometido el pecado irremisible: asimilarse a la conducta del género vencido para siempre: las mujeres.

* * * *

¿Cómo se explica en el siglo XIX mexicano la ausencia de leyes y reglamentos a propósito de las minorías sexuales, o la inexistencia de artículos, personajes literarios o incluso representaciones caricaturales de la gente *gay*? En Europa y Estados Unidos la situación es muy distinta. En *Sexuality and its Discontents*, Jeffrey Weeks informa del número de libros sobre homosexualidad (cerca de mil), publicados en Europa entre 1898 y 1908. Y también, entre 1880 y la Primera Guerra Mundial, se discuten en Norteamérica y Europa, por lo menos entre las minorías ilustradas, el amor libre, el aborto, la masturbación, la homosexualidad, la prostitución, la obscenidad y la educación sexual. En cambio, en la muy católica nación mexicana, el único de estos temas que se toca, y con fines aleccionadores y sermoneros, es la prostitución (hay más referencias a la masturbación en catecismos del siglo XVIII que en todo el siglo XIX).

Lógica del ocultamiento: lo que no se nombra no existe, y lo nada más filtrado, y muy despreciativamente, en las conversaciones, es sórdido de suyo. Eso obliga a una gran inocencia, fingida y

real. Mientras el escándalo no ilumine el asunto, el recelo es categoría desconocida, y por tanto, la homosexualidad es impensable. No hay sospecha si la abominación es inconcebible. En *Memorias de mis tiempos*, Guillermo Prieto refiere un episodio de su juventud. En un fogoso discurso, Prieto critica al Presidente de la República, Anastasio Bustamante, quien poco después lo manda llamar:

—¿Qué hay, hombre? —me dijo— ¿Qué se ofrece?
 —Vengo al llamado de V. E.
 —Vamos, amigo... (después de examinarme un rato). ¿Realmente me cree usted ese gobernante cruel y descuidado de la instrucción pública?
 Yo guardé silencio; pero no las tenía todas conmigo...

En la conversación que sigue Prieto se explaya, y le refiere a Bustamante cuitas y amoríos, que festejan como dos colegiales y como si se tratara de confidencias picantes.

—Conque Ud. —me dijo— Ud. me cree ese Minotauro del que hablan los periódicos.
 Y sin esperar respuesta gritó: ¡López! ¡López! (vino López)
 Este López era un negrazo alto, seco y pasudo, su asistente íntimo.
 —Pone Ud. una cama en mi cuarto para el señor, Ud. le obedece y hace saber que se le obedece porque es como mi hijo (yo escuchaba asombrado)...

De opositor a *roommate*. Prieto y sus lectores del siglo XIX hallan muy normal que de buenas a primeras, nada más por su brillantez y su ingenuidad, un jovencito de 19 años se mude a la recámara presidencial. La actitud es justa, porque a nadie se le ocurriría otra interpretación. Falta mucho históricamente para vivir bajo las sospechas freudianas, post-freudianas y literarias, y entre nosotros sólo en la segunda mitad del siglo XX la homosexualidad se aborda desde una perspectiva científica o que quiere serlo. El siglo XIX en México es tiempo de la construcción de lo nacional, y lo normativo se desprende de algo tan difuso como el catálogo de virtudes cívicas. La predilección por el mismo sexo queda a tal distancia cultural, que no se requiere exaltar por contraste las virtudes psicológicas y corporales de la virilidad. Entonces, *el pecado nefando* contradice a tal punto “la esencia” de los mexicanos que no se admite por escrito, y se le deja a la cultura oral el castigo al *marica*, el monopolista de los agravios contra la masculinidad.

El primer reconocimiento notorio de los transgresores morales sucede en 1901, al producirse el escándalo policíaco del baile de los 41. Por increíble que resulte, antes sólo se encuentran unas cuantas

menciones fugaces de “jovencitos repugnantes”. En Inglaterra las revelaciones de los procesos de Oscar Wilde traen a la atención pública las redes de sitios y jóvenes “equivocos”, y la defensa patética, tímida y magnífica del “amor que no se atreve a decir su nombre”; en México sólo la redada de Los 41 quebranta el veto del tradicionalismo, de ese “odio que no se atreve a escribir el nombre de lo odiado”, y que durante casi un siglo ve en un número, el 41, a la cifra de lo terrible. Pese a las resonancias del hecho, muy poco se sabe del baile: la policía, “avisada por los vecinos”, detiene en la capital a un grupo de señores de sociedad y de travestis entre los que figura, según el rumor de la época, don Ignacio de la Torre, yerno del presidente Porfirio Díaz. Algunos logran huir, otros compran su libertad, y al resto, luego de barrer las calles rumbo a la estación de ferrocarril, se le envía a una colonia de trabajos forzados. En una serie de grabados José Guadalupe Posada fija la imagen popular del acontecimiento, imaginado como fiesta de “fenómenos”, de caballeros burdamente travestidos, con todo y bigote y patillas, que se entreveran con homosexuales de clase baja, en su baile feliz rumbo al escándalo.

Por lo demás, el sigilo social es tan soberanamente eficaz que todavía hoy nada sabemos de ese episodio, de los lugares de reunión de los invertidos, de la posición social de los presos, de costumbres y señas de identidad, de la idea de sí mismos de los homosexuales (término desconocido entonces). Es casi seguro, de acuerdo al esquema dominante en el mundo, y a lo filtrado por *Los 41*, novela de 1906 de autor anónimo, que los victimados se viesan de diversos modos como seres monstruosos, aberraciones de la Naturaleza. Por fuerza, se piensan a sí mismos en el contexto de una tradición, y esa tradición condena a fondo a los de su especie.

*“Hagamos de cuenta que fuimos basura/vino
el remolino y los alevantó”*

El siglo XIX en México se consagra por entero, y previsiblemente, a la hipocresía, la ignorancia, la sexofobia, el ubicuo y fatigoso sermoneo, la prédica moralista que hace las veces de pacto civilizatorio. Véanse al respecto las centenas de Catecismos donde esplende la moral de la Contrarreforma. El golpe mortal a tal estructura de silencios cul-

pabilizadores lo da la revolución, entre masas que se desplazan a la fuerza y señoritas que pierden por unas horas la virginidad. Entre tomas de ciudades y migraciones masivas, ¿quién puede ocultar las realidades del deseo? En unos años, y del modo caótico y atroz que es inevitable, la revolución arrasa con un gran número de los convencionalismos y prejuicios que hacían las veces de la respetabilidad del país nuevo. Persisten desde luego las pretensiones de suprema decencia, pero ya queda clara su fragilidad en los momentos límite. Y es tan aguda la crisis de “las verdades eternas del comportamiento” que en los años veinte, al comenzar la institucionalización revolucionaria, surgen, en un sector de la bohemia burguesa, quienes serán los primeros en la historia de México en asumir su disidencia sexual con la discreción y la tranquilidad posibles. Son políticos (Luis Montes de Oca, secretario de Hacienda de Plutarco Elías Calles y Gerardo Estrada, secretario de Relaciones Exteriores), escritores (Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Elías Nandino), pintores (Roberto Montenegro, Manuel Rodríguez Lozano, Abraham Ángel, Alfonso Michel, Chucho Reyes Ferreira, Agustín Lazo, Enrique Asúnsolo), productores de cine (Felipe Subervielle, Agustín J. Fink), teatristas, actores, cantantes (José Mojica).

¿Cómo se da, así sea de modo tan restringido y sectorial, esta ruptura de la invisibilidad? Según mi hipótesis, con la Revolución cesa el aislamiento cultural de México por un lado, y, por otro, el impulso de la violencia hace concebibles tal cúmulo de actitudes que, en el ámbito cultural, una más no importa. Para usar una expresión de la época: “Si ya lo sabe Dios que lo sepan los hombres”. Y no sólo los *gays* aparecen, también las mujeres liberadas, los ateos, los comunistas, los partidarios del amor libre, los y las bisexuales, que ocupan los espacios de mínima tolerancia (máxima en términos comparativos) de la capital aún revolucionaria. Por supuesto, pagan su cuota de marginalización, agresiones, chistes, chismes, burlas, y se les observa como a fenómenos, pero la mera continuidad de sus acciones reafirma el fin de lo impensable y es, con la discreción del escándalo, un fenómeno libertario.

En ninguna época es fácil vivir transgrediendo la norma social, así sea de manera legal y legítima, pero en un país oficialmente machista todo se complica. De acuerdo a clasificaciones imponderables pero rígidas, sólo hay dos tipos de homosexuales: el joto de tortería y

el maricón de sociedad. Los demás son sombras huidizas que al no alcanzar casillero, se dejan describir por el diminutivo que les aplican ("Juanito/ Robertito"), y por el trato siempre condescendiente. Y del hostigamiento pocos se libran. A Chucho Reyes Ferreira se le expulsa de Guadalajara con el procedimiento aplicado contra los "desviados" de la época: hacerlo barrer las calles rumbo al tren que lo expulsará de la ciudad; a Alfonso Michel la policía de Colima lo persigue como a feroz delincuente; a dos homosexuales de la "Buena Sociedad" de Guadalajara, Guillermo Hermosillo y Gabriel Orendáin, Guille y Gaby, se les dedica una porra juvenil, que en los años cincuenta aún se escucha en juegos deportivos: "A la Guille, a la Gaby, a la Ay Si Tú, Jalisco, Jalisco (o el nombre que se quiera), Ay Dios Tú."

A los afeminados de clase pobre les corresponden, nomás por su aspecto, las humillaciones en serie que, al despojarlos de toda humanidad reconocida, les permiten sobrevivir. Son los encarcelados por "faltas a la moral y a las buenas costumbres" (los más típicos: los enviados a la crujía J del Palacio Negro de Lecumberri); son los jotos de los puestos en la Feria de San Marcos en Aguascalientes; son los niños afeminados a quienes sus familias educan como a mujeres en el Itsmo de Tehuantepec. A los homosexuales con recursos, talento, ingenio, audacia, se les concede una "dispensa moral" que sin aislarlos del todo jamás les permite la integración plena, ni siquiera en el caso del respetadísimo Carlos Pellicer. Y si la ley no prohíbe la homosexualidad consensuada entre adultos, la sociedad exige un altísimo pago por la transgresión.

Obligadamente, aunque sin equivalente en lo mínimo a los edictos de la Revolución Soviética y la Revolución Cubana, la Revolución Mexicana (sus intérpretes sociales y culturales) emite el ideal del Hombre Nuevo, consistente en lo básico en la suma de equivalentes civiles de la conducta ideal de los militares: valentía (ya no suicida), arrojo, fe en el Pueblo, virilidad sin mancha, desprecio a la debilidad o la blandenguería. Del paisaje mítico de Recios Varones, se desprende el mito nacional y nacionalista, el Mexicano Macho hasta las Cachas que la industria cultural prodiga y cuyas resonancias aún ahora son tan costosas y trágicas. Para juzgar el grado de inquina contra lo diferente, conviene examinar la forja legendaria del machismo muy dependiente, a partir de los años treinta, de la industrialización del folclor revolucionario: Si me han de matar mañana, que me maten de una vez.

El macho es la barbarie inevitable "porque para eso uno es hombre", la psicología nacional convertida en deber caracterológico, la misoginia que es refrendo de superioridad, la jactancia, el afán autodestructivo que es en las clases populares el odio a la resignación de la pobreza. Así la industria del espectáculo lo provea de un gran número de estímulos, el macho es siempre más brutal y desafiante que sus modelos en el cine y la canción popular. Resultan apenas modestas incitaciones las del repertorio de Jorge Negrete:

Yo soy mexicano, mi tierra es bravía
palabra de macho que no hay otra tierra
más linda y más brava que la tierra mía.

O el cinismo del personaje de la canción "El Abandonado": "Tres vicios tengo/ y los tengo muy arraigados,/ de ser borracho, jugador y enamorado." O Pedro Armendáriz, en su versión insuperable del personaje de Juan Charrasqueado: "Juan se llamaba y lo apodaban Charrasqueado,/ era valiente y arriesgado en el amor,/ a las mujeres más bonitas se llevaba,/ en aquellos campos no quedaba ni una flor." En todas las ocasiones la realidad es más lúgubre que el estereotipo.

El juego industrial con el machismo es, por supuesto, escenografía, y no describe ni mínimamente el panorama de una sociedad devastada por el alcoholismo, la violencia familiar, la irresponsabilidad criminal, las riñas mortales, el abuso misógino, las violaciones como "el derecho de pernada de todo varón". Una consecuencia nefasta de la Revolución Mexicana resulta el culto del machismo, una de cuyas consecuencias, no la más relevante, tampoco la menos dañina, es la persecución regocijada de lo diferente y el olvido unánime de los derechos humanos de los *gays*. Ni una sola protesta se eleva contra los encarcelamientos absolutamente inicuos de los "jotos", a nadie le preocupa el salvajismo desplegado en los crímenes no *de* sino *contra* homosexuales. ¿Qué caso tiene? No son humanos y mucho menos compatriotas (esa versión enaltecida de lo humano).

*"Los que hemos rodado por los siglos como una roca
desprendida del Génesis"*

En los años veinte y treinta, ¿quién se atreve y a qué costos, por más exceptuado intelectualmente que se sienta, a desafiar la imagen sin

tacha del Revolucionario, emblematizando la “traición a su sexo” y difamando de paso la Esencia Nacional? Para acercarnos al método que usa de la disidencia sexual para oponerse a lo que, de acuerdo a sus malquerientes, apuntala el paradigma de la Virilidad Patria, no hay un ejemplo más elocuente, irónico, heroico a su manera, desenfadado, patético, trágico, que el del escritor Salvador Novo. Convertido en el símbolo homosexual (de allí la muy difundida distorsión de su nombre: *Nalgador Sobo*), vuelto espejo de la conducta reproachable, su fama (el método con el que “decepciona a nuestras costumbres”, según su amigo Jorge Cuesta) es, a un tiempo, una celda del anti-intelectualismo y el machismo y, pese a todo, un gran adelanto en materia de libertades del comportamiento, no únicamente sexual sino de la apariencia (Novo no sólo prefiere a los de su mismo sexo, también es amanerado, se depila las cejas, usa pelucas detonantes y se maquilla).

En los años veinte y treinta, quienes se dejan ver como grupo en torno a una revista, los escritores de Contemporáneos (Novo, Villaurrutia, Jaime Torres Bodet, Jorge Cuesta, Bernardo Ortiz de Montellano, Gilberto Owen, José Gorostiza, Enrique González Rojo) son marginales porque la cultura que les importa lo es, y por ser novedoso un círculo con amplitud de criterio en materia de comportamientos. Así pertenezcan a la burocracia del gobierno que les da oportunidad de trabajo y ascenso, son marginales respecto a la cultura oficial, el gusto literario dominante, los estilos de vida. Aunque sólo algunos de ellos son homosexuales, la difamación no admite excepciones. La parte por el todo, bienvenida la facilidad de deshacerse de enemigos con flancos tan vulnerables. El propio Alfonso Reyes a su regreso a México se asombra y le confía a su amigo Antonio G. Solalinde (25 de agosto de 1924): “Yo siempre creo que los jóvenes tienen razón. Hay entre ellos mucha mariconería, enfermedad nueva aquí, y eso me aleja de muchos y me hace sufrir, pues no soy tan escéptico e indiferente como yo mismo me lo figuraba”. La *enfermedad nueva* molesta a grados de exasperación organizada. Recuerda el poeta estridentista Manuel Maples Arce, en sus memorias (*Soberana juventud*, 1967):

En una ocasión nos reunimos en el Salón Verde de la Cámara de Diputados para tratar el problema de los homosexuales en el teatro, el arte y la literatura. Aunque hubo declaraciones reprobatorias, el diablo metió el dedo y ellos se quedaban más orondos que nunca, mientras la gente se preguntaba por qué se les

permitía moverse con tanto desplante, cuando en la época de Porfirio Díaz se les obligaba a barrer las calles, como aconteció alguna vez a los que hicieron célebre el número 41, que popularizó una estampa de Posada. La moral pública no depende de un grupo; es el estilo de una sociedad como diría Ortega y Gasset, y cuando ésta acepta que cada quien haga de su juicio un papalote, no existe posibilidad de dignificación.

El espíritu de mafia les dio preponderancia. A veces emprendían verdadera persecución contra quienes se resistían a solidarizarse con sus intentos de hegemonía intelectual o se negaban a entrar en aquel monipodio. Fue la época de la insistente publicidad de Proust y Gide, en cuya obra se amparaba la comedia de los "maricones" y el cinismo de los pederastas.

Para escapar a toda responsabilidad adoptaron una posición neutral que les permitió sobrevivir por encima de todos los conflictos ideológicos que han conmovido a la nación mexicana. Nunca fueron de derecha ni de izquierda... Pretendían una estética que los eximía de compromisos y los ponía al margen de toda obligación responsable.

A la sombra de protectores deseosos de aparecer como mecenas intelectuales, editaron, con el dinero de la nación, una antología en que los agraciados escribieron sus panegíricos, los unos sobre los otros.

La ley del menor esfuerzo. Para responder a inclusiones y exclusiones de la *Antología de Poesía Mexicana* (1928), labor de grupo de la que se responsabiliza Jorge Cuesta, se descalifica a un sector literario y artístico por razones "morales". Una vez más, se afirma la estrategia del machismo, que, a propósito de "los raritos", elogia su propio trabajo poético, su condición revolucionaria, su compromiso, su independencia de los protectores, su virilidad sin mácula. En el fondo, el texto de Maples Arce consiste en el magno autoelogio a partir de un pretexto deleznable. Es un gran poeta, ¿por qué lo ningunean los desviados?

La campaña contra "los raritos" se extrema. Orozco los caricaturiza ("Los Anales") y, en los muros de Educación Pública, Diego Rivera se burla de la promotora cultural Antonieta Rivas Mercado, a quien una enérgica revolucionaria le entrega una escoba para que barra los restos de esa simbología execrable de paletas de pintor exánime, rosas blancas y un número de *Contemporáneos* de 1928. Con expresión desolada, Rivas Mercado ve a un obrero revolucionario ponerle el pie a un poeta con orejas de burro. Años más tarde, Antonio Ruiz el Corzo los pinta como Los Cuarenta y Uno, y elige a Novo, Villaurrutia y Roberto Montenegro de villanos antipopulares.

Son muy vastas las resonancias culturales y literarias del linchamiento moral. Entonces, la animadversión a los homosexuales como género, pertenece sin discusión a la naturaleza social, lo que,

en gran medida, depende del ínfimo lugar concedido a lo femenino. Un homosexual se degrada voluntariamente al asemejarse a las mujeres, y la condena machista es el registro público y privado de esa degradación. El *joto*, que amenaza a la continuidad de la especie y a los valores fundamentales, agravia todavía más dejándose ver en campos en donde no había participado abiertamente (y era inexistente por invisible), y ofende al ser todavía sujeto de menosprecio pero ya no de extinción. ¿Cómo es posible que ya no se le pueda reducir a las catacumbas o enviar a Valle Nacional a trabajos forzados? Y si a eso se agrega el desafío de Novo, tanto peor. La persecución se acrecienta, ataviada de lealtad a la tradición. En 1925, Jiménez Rueda se queja del “afeminamiento de la literatura”, y es preciso recordarle la existencia de *Los de abajo* de Mariano Azuela para disuadirlo de sus lamentaciones por la virilidad perdida. De la queja se va a la acción directa. Se instala en la Cámara de Diputados un Comité de Salud Pública que “depurará al gobierno de contrarrevolucionarios” y el 31 de octubre de 1934, un grupo de intelectuales (José Rubén Romero, Mauricio Magdaleno, Rafael F. Muñoz, Mariano Silva y Aceves, Renato Leduc, Juan O’Gorman, Xavier Icaza, Francisco L. Urquiza, Ermilo Abreu Gómez, Humberto Tejero, Jesús Silva Herzog, Héctor Pérez Martínez y Julio Jiménez Rueda) le solicita a este Comité que, si se intenta purificar la administración pública,

se hagan extensivos sus acuerdos a los individuos de moralidad dudosa que están detentando puestos oficiales y los que, con sus actos afeminados, además de constituir un ejemplo punible, crean una atmósfera de corrupción que llega al extremo de impedir el arraigo de las virtudes viriles en la juventud... Si se combate la presencia del fanático, del reaccionario en las oficinas públicas, también debe combatirse la presencia del hermafrodita incapaz de identificarse con los trabajadores de la reforma social.

Y antes, en 1930, el grupo de pintores revolucionarios agrupados con el nombre de 30-30, le exige al gobierno la renuncia de varios funcionarios, incluidos los “raritos”:

Y estamos contra el homosexualismo, imitado a la burguesía francesa actual, y entre ellos, favorecidos ahora, y nosotros, luchadores incansables, existe el abismo de nuestra honradez que no se vende por un puesto. El gobierno no debe sostener en sus secretarías a los de dudosa condición psicológica.

Los guardianes de este nacionalismo (entre los que se cuentan novelistas de la Revolución, poetas, funcionarios, pintores) quieren eliminar de la nación misma, en una noche de cuchillos largos del presupuesto y de la respetabilidad, a los agentes del debilitamiento.

El nacionalismo cultural es enemigo implacable que, con su teoría de las virtudes de la raza, fundamenta lo ejercido con choteos y agresiones: ese rencor activo contra lo diferente, que sólo exalta la conducta admitida. Por eso, el tema de la homosexualidad, así abarque a una parte de Contemporáneos y no sea criterio literario, es indispensable para entender el proceso de integración cultural. La tiranía de la ortodoxia sexual convierte a los heterodoxos en los blancos favoritos de la sociedad represiva, y el empeño por ensalzar la norma determina a *contrario sensu* prácticas estéticas, ocultamientos y procedimientos para decir la verdad, y desafíos sociales como el de Novo, o —el fenómeno es internacional— el de Luis Cernuda en España:

Si el hombre pudiera decir lo que ama,
Si el hombre pudiera levantar su amor por
el cielo.
Como una nube en la luz;
Si como muros que se derrumban,
Para saludar la verdad erguida en medio,
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo
la verdad de su amor,
La verdad de sí mismo,
Que no se llame gloria, fortuna o ambición,
Sino amoroso deseo.
Yo sería aquel que imaginaba;
Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
Proclama ante los hombres la verdad
ignorada.
La verdad de su amor verdadero.

De "Si el hombre pudiera decir"

Para proclamar "la verdad de su amor verdadero", Pellicer, Novo y Villaurrutia acuden a formas distintas. Villaurrutia opta por las alegorías (en "Nocturno de los ángeles", por ejemplo, utiliza a un símbolo *gay* internacional, del marino, tan presente en Cocteau y Genet), Novo, que se considera expulsado del paraíso y del infierno, elige el autovejamen, y Pellicer se afilia a la claridad melancólica:

con dos cuerpos formando pitagórica cruz
Y en la suma inexacta de las hembras en celo
las pupilas resultan cuatro flechas de anhelo,
cuatro hipérbolas rubias saturadas de luz...

Tal esteticismo dibuja algo similar a la fantasía literaria de tema vagamente sexual, alimento del morbo. Durante mucho tiempo, en los prostíbulos que patrocinan políticos y empresarios, un "platillo erótico" culminante es el show de lesbianas, que gimen y se agitan para la frustración deleitosa de los machos. El morbo desexualiza el pecado, y señala la última frontera de la permisividad. Por lo demás, en tanto realidad cotidiana, el lesbianismo es tema prohibido, que da lugar si acaso a términos peyorativos ("tortilleras", "manfloras", los más comunes), a murmuraciones de falso y genuino asombro, y a las ganas de no aceptar lo evidente. Así, de la notoria bisexualidad de la pintora Frida Kahlo y la cantante de ranchero Lucha Reyes, sólo se hablará en fechas recientes, y no hay (ni pudo haber) comentarios sobre el muy probable lesbianismo de algunas coronelas de la revolución.

Por los testimonios disponibles, y las historias de lo *queer* en otros países, se sabe de las restricciones del ghetto lésbico, que empieza integrarse en los años treinta con profesionistas, actrices, profesoras, funcionarias. La mayoría de las lesbianas no pertenece a esos ámbitos, y lleva en apariencia la vida muy convencional y pudorosa de las solteras, al amparo del candor que acomoda sin sospechas a las "amigas inseparables". El ghetto es un mundo diminuto, cerrado, que en ocasiones gira en torno a una celebridad (Frida Kahlo, o, más tarde, Chabela Vargas), y no hay escándalos que le revelen a la sociedad las sombras de esta disidencia, salvo el muy breve causado en los cuarentas por la muerte accidental en un motel de la actriz Rebeca Uribe, secretaria de María Félix. Según los machistas lo más negativo de las lesbianas no es su apariencia "viril", sino su resistencia a la atracción masculina.

"Yo te escribiera a diario, dueño mío"

Salvador Novo es ejemplar en diversos sentidos: es un provocador que triunfa a costa de abjurar en el camino de la provocación; es un *gay* que acepta hasta lo último la división tajante entre homosexua-

les y heterosexuales, con los ritos correspondientes; es, sin la búsqueda de martirio, un admirador puntual de Oscar Wilde, sin duda su modelo de poses radicales; es un practicante del "afeminamiento" que al subrayarlo satisface las expectativas del voyeurismo moral; es un *gay* que ve en el poder de compra la más auténtica zona erógena, así eso se traduzca en la frustración del impulso amoroso:

La ley de la demanda y de la oferta
que me ha enseñado su sabiduría
lleva el fácil amor hasta mi puerta.
Y sin embargo, a veces, todavía
sobre el crespón de mi esperanza muerta
vierte su llanto la melancolía.

A Novo el humor, y un humor salvaje y procaz, lo distancia de la amargura de lo real, y le obliga a envejecer psicológicamente con la celeridad que lo resguarda de la "ilusión de los años juveniles". Desde su perspectiva, ser *gay* es negar la reciprocidad amorosa, y por eso su poesía erótica es jocosa y semipornográfica. En su caso, romanticismo es no perdonarse nada; es volverse cínico para proteger las zonas más profundas de su sensibilidad.

¿Qué te cuesta decirme que me adoras?
¿Qué me cuesta creerlo y consolarme
lejos de ti, mi bien, si me enamoras?
¿Qué te cuesta en epístola besarme?
Yo pienso en ti por indelebles horas
y hace en ellas tus veces un gendarme.

La estrategia, muy sencilla, es parte de una cultura coronada por el Camp, la técnica y el culto de la extravagancia que descubre valores estéticos y sentido del humor en lo inesperado y lo excesivo, en el barroco popular y el culto por la pose. En lo tocante a las pasiones amorosas, si el *gay* usa del humor para lacerarse, siente disminuido el peso de las vejaciones en su contra. Si algo cauteriza con rapidez es el ingenio aplicado contra uno mismo, y, además, ¿de qué otro método, fuera del autodeprecatorio, se dispone para borrar el tatuaje psicológico de los términos de infamia: joto, puto, desviado, maricón, larailo, loca, mujercito, invertido, tú la trais? En la mecánica del

ghetto, común a todas las minorías acosadas, el vituperio de sí y el ultraje a los semejantes mediatiza el filo de exterminio de los epítetos machistas. “Lo que me digan yo ya me lo dije pero con la elegancia, la ironía y la malicia que ustedes desconocen”. En pos de esta lógica, Novo es implacable con su imagen, y por eso se considera viejo muy prematuramente. Si se pierde el atractivo físico, se pierde casi todo y Novo dista de ser excepcional en tal creencia. En la construcción *desde fuera* del homosexual, intervienen el odio de sí, la infelicidad como destino, la sentencia al abandono de las esperanzas. A Novo le queda la salvación por el autodesollamiento literario que —con o sin paradojas— al devastarlo lo fortalece. Ahuyentado de las grandes recompensas del círculo de las Parejas Distinguidas, desprestigiado en lo esencial ante la sociedad del patriarcado y el anti-intelectualismo, Novo se escarnece y, con vigor complementario, se mofa de los valores de quienes lo rechazan:

Si yo tuviera tiempo, escribiría
mis Memorias en libros minuciosos;
retratos de políticos famosos,
gente encumbrada, sabia y de valía.
¡Un Proust que vive en México! Y haría
por sus hojas pasar los deliciosos
prohibidos idilios silenciosos
de un chofer, de un ladrón, de un policía.
Pero no puede ser, porque juiciosamente
pasa la doble vida mía
en su sitio poniendo cada cosa.
Que los sabios disponen de mi día
y me aguarda en la noche clamorosa
la renovada sed de un policía.

A quienes habitan en sus márgenes, la sociedad les exige la autodestrucción, esa suerte perversa de acatamiento de la norma (“Compórtense del modo que no podemos evitar, pero ahórrense cualquier dicha”, sería el mensaje), y la demanda heterosexista de patetismo del *gay cunde* en el mundo entero. Todavía en 1969, en la pieza *The Boys in the Band*, de Mart Crowley, uno de los personajes

sentencia: "Mencióname a un homosexual feliz, y yo te enseñaré un cadáver gay". La novela *Maurice* del extraordinario escritor inglés E. M. Forster, se termina en 1913, pero sólo se publica en 1971, póstumamente, porque así lo imponen las convenciones de la época, entre ellas la imposibilidad del final feliz entre desviados. A lo más a que pueden aspirar los perversos, según la consigna implícita y explícita, es al sentimiento trágico, a la muerte tumultuosa que expíe el pecado, al suicidio de Dorian Gray que le devuelva su inmarcesible juventud al retrato del deber moral. Si eso no procede, le toca al gay el multiescarnio, de él y de sus semejantes, para amenazar verbal o literariamente la condena. Así, Novo describe a un amigo (Xavier Villaurrutia):

Esta pequeña actriz, tan diminuta
 que es de los liliputos favorita,
 y que a todos el culo facilita.
 ¿es exageración llamarle puta?

En una reflexión sobre la sátira en la literatura mexicana, Octavio Paz declara a Novo un maestro del género. "Tuvo mucho talento y mucho veneno, pocas ideas y ninguna moral. Cargado de adjetivos mortíferos y ligero de escrúpulos, atacó a los débiles y aduló a los poderosos; no sirvió a creencia o idea alguna y no escribió con sangre sino con caca. Sus mejores epigramas son los que, en un momento de cinismo desgarrado y de lucidez, escribió contra sí mismo. Eso lo salva" (en *México en la obra de Octavio Paz III. Generaciones y semblanzas*). No reconozco del todo a Novo en este trazo. En su obra satírica, no ataca a los débiles, ya que de Diego Rivera en adelante estrictamente débil no era casi ninguno de los agredidos, ni, tampoco, adula a los poderosos. Más bien, se burla de ellos (otra cosa son sus artículos). Y en cuanto al servicio de ideas o creencias, la mayoría de sus versos satíricos, escritos entre los años veinte y los cuarenta, surgen para defender a Novo del cerco machista. Escribe *La Diegada*, su aluvión de poemas en contra de Rivera, luego de verse retratado impiamente en la Secretaría de Educación Pública, y la misma lógica de la respuesta a su alcance dirige muchísimos de sus versos. Pongo un ejemplo. En *México por dentro y por fuera* (Editorial Claridad, 1934), el periodista boliviano Tristán Marof arremete contra los Contemporáneos en el capítulo "Literatos afeminados":

El viajero o el observador, desde el primer momento se sorprende en México del abuso literario de la palabra "joto". Cualquiera se imagina que se trata de algún nombre consagrado. El encanto se desvanece rápidamente, pues los señores literatos "jotos" son tristes y desvaídos burócratas, que desempeñan servicios inferiores en la administración mexicana... No tienen ni imaginación. Salvador Novo es autor de un libro sedante, jactancioso y para ciertas mujeres lesbianas...

Luego de esto, la respuesta del aludido podrá ser excrementicia, pero no es un ataque al débil:

A un Marof

¿Qué puta entre sus padres chorrearía
por entre incordios, chancros y bubones
a este hijo de múltiples cabrones
que no supo qué nombre se pondría?

Para protegerse, Novo nada más dispone de su destreza verbal y la usa a fondo. Si al oprimido se le considera temible la opresión amengua. Y la sobrevivencia en un país machista es una pasión y un interés muy comprensibles.

"Y hazme después la consabida cosa"

En 1945, Salvador Novo concluye las ciento y tantas cuartillas de su autobiografía secreta, *La estatua de sal*, de título extraído del doble simbolismo: el mirar hacia atrás como acción prohibida, y la pertenencia a la aborrecible Sodoma. Recuérdese el episodio bíblico (*Génesis*, 19:17-26). Los habitantes de Sodoma asedian a dos ángeles enviados por Jehová, el Señor decide la destrucción de las ciudades de la llanura, y le avisa a Lot: "Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas". Sobreviene la lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, que "destruye las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades y el fruto de la tierra. Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal".

Curiosidad y transgresión. En esta magnífica evocación, Novo es el novelista que la urgencia del diarismo nulificó, es el recreador de una extrañísima niñez provinciana, y es el *gay* que a los cuarenta

años de edad, con el costo previsible, busca otorgarle la materialidad posible, la de la escritura, a la experiencia fundamental en su vida, la homosexualidad. En ese momento, sin embargo, las circunstancias de la vida de Novo han cambiado, y ya no es el perseguido y el gran ridiculizado de los años treinta. Se le zahiere, sin duda, pero lo rodea un círculo de respeto y admiración, sus ingresos se amplían, y la belicosidad que prodigó sonetos y letrillas disminuye. Entonces, ¿por qué *La estatua de sal*? ¿Por qué ser el único gay de la época que devela su prohibidísima intimidad? Ciertamente, el texto no está pensado para su publicación inmediata, ni era localizable un impresor tan licencioso que acometiese la tarea, pero, también, Novo ya difundía desde antes sus sonetos homofílicos, y veinte años más tarde, le confía copias del texto a don Rafael Giménez Siles, para estudiar las posibilidades de publicación (recuerdo en 1965 las sesiones de lectura de *La estatua de sal*, que oíamos estupefactos ante el regocijo del Maese). Pero la intención me resulta inequívoca: hacer visible en la página a lo ferozmente oculto o desvanecido o censurado en la realidad.

En 1916, en Torreón, Novo, que ya ha presenciado un acto de "profanación" de su sirvienta Epifania, vive su rito iniciático luego de interpretar a un niño rico en la pieccecita teatral de una fiesta infantil:

... de los aplausos, de la sala llena de público, lo único que me hizo vibrar; y lo único que ha quedado indeleblemente grabado en mi recuerdo es el furtivo instante en que Jorge me llamó al camerino en que se maquillaba de anciano para recitar sus "Recuerdos de un veterano", y sujetando mi cabeza entre sus manos, oprimió sus labios húmedos contra los míos.

Aquel secreto que era al mismo tiempo una revelación vagamente esperada, me llenó de una íntima felicidad. Era el triunfo de mi belleza, la realización de mi anhelo de tener un novio como las muchachas del Colegio Modelo, la posibilidad de penetrar en el misterio del cuarto vacío a que el hombre desconocido se había llevado a Epifania. Aguardaba, con el corazón acelerado, el próximo paso que fuera a dar ese muchacho cuya presencia, tan inexplicablemente, no había advertido en todo el año; del que sólo ahora veía los ojos oblicuos y negros, la piel blanca y tersa, la boca roja dueña de mi dulce secreto. Por mucho que entonces me pareciera mayor, no podría, lógicamente, contar más que unos tres o cuatro años sobre mis doce...

Se transparenta la doble fascinación de Novo; la evocación en sí misma, y el estremecimiento inevitable de sus lectores que, por el solo hecho de posar los ojos en la página prohibida, se volverán sus cómplices. Leer a Novo, desde una post-modernidad al tanto de la rebe-

lión de Stonewall, ACT-UP y Queer Nation, y de Genet, Derek Jarman y Reinaldo Arenas entre otros muchos, es no hacerle justicia a la actitud límite de quien recrea desde la escritura el comportamiento prohibido por antonomasia. En 1945 Novo se sabe, y con detalle, objeto de burlas y denigraciones, pero la confesión es asunto muy distinto, y al confesarse en público (ante este vasto horizonte de lectores conocidos y desconocidos), asume el riesgo de absoluta desnudez anímica. Ahora se enterarán de lo abrumadoramente inconfesable, de cómo se inicia un niño homosexual en Torreón, México:

La mañana en que concluyeron los exámenes, la escuela se quedó vacía... Cuando (Jorge) se cercioró de que no había nadie, se asomó a la puerta y me llamó. Yo no aguardaba otra cosa. Con toda cautela, tembloroso de emoción, acudí a su llamado.

Sin pronunciar palabra, me atrajo a sí, me estrechó con fuerza, y fundió su boca con la mía en un beso largo y húmedo que penetraba con su lengua todos mis sentidos, que desleía su dulzura por todo mi cuerpo, que me daba un acro sabor a tabaco. Sin soltarme, llevó su mano a su bragueta, y extrajo de ella un pene erecto y rojizo que trató de poner en mis manos. Yo lo rechacé horrorizado. No había visto nunca una cosa semejante, enorme, veteada. Recuperando ávidamente mi boca, Jorge empuñó su pene, y vi salir de él unas gruesas gotas grises que chorrearon sobre el piso. Sólo entonces me abandonó y con el trapo con que se limpiaban los pizarrones, recogió cuidadosamente del suelo lo que había escu- rrido de su enorme gusano.

El *bildungs roman*, la novela del tránsito a la madurez, se colma en este caso con la franqueza insólita (calificable entonces de “enorme descaro”), y el escritor goza múltiplemente de su recuerdo, de las reacciones de lectura que anticipa, de los elementos descriptivos que califica de naturales, aunque todos los demás los juzguen pornográficos. En este punto conviene detenerse. En su dimensión satírica, Novo descrea del “buen gusto” a grados casi absolutos, tal vez llevado por su afán de provocar, y más seguramente por el gozo de concederle a la “sordidez” expresiva el poder de neutralizar aquello que lo expulsa de las buenas costumbres. Aún si el ritmo de poemas es sutil, la súbita malevolencia frustra cualquier serenidad:

Déjame en mi camino. Por fortuna
ni el Código Civil ha de obligarte
ni tuvimos familia inoportuna.
El tiempo ha de ayudarme a subsanarte.
Nada en tí te recuerda —salvo una
leve amplitud mayor— en cierta parte.

*Donde todos coinciden, porque las inclinaciones
son un cerco geográfico*

En *La estatua de sal* un tema básico es el ingreso al ghetto homosexual, *el entrar al Ambiente*. Como en ningún otro texto de Novo, allí se despliega su gran talento descriptivo que en unas líneas le infunde densidad literaria a personajes de suyo notables, o a los que vuelve extraordinarios la intuición narrativa. Ante la mirada de Novo, y gracias al método de las "concesiones sexuales", el *ghetto* va entregando sus secretos, sus manías preciosistas, su agudeza para el apodo (ese sobrenombre cruel que el tiempo hace entrañable), su infinita red de grupos y amistades, su solidaridad interna devastada por la lógica de una minoría sin orgullos que se cree la causa y no el objeto de las persecuciones. El *ghetto gay* de los años veinte: ese "reino increíble, disperso, nocturno, vergonzante o descarado", con pobladores marcados por la sensación de sólo reconocerse en la apatencia y el choteo y el autochoteo circulares. En estos círculos hay reglas, por otra parte, comunes a todas partes, según revelan las historias de la sexualidad; entre ellas: es tal la gravedad de la ruptura de la norma que aleja en definitiva la felicidad y la vida amorosa; el "perreo" (el habla de las denigraciones mutuas) es el recordatorio incesante de la medida del menosprecio de los de afuera; el "travestismo verbal" es obligatorio porque lo más próximo a la identidad de los "raritos" es la identidad femenina por contagio; las relaciones entre los *gays* no funcionan ("...pues a su juicio, uno se *salaba* al acostarse con seres tan de su propia especie"); la relación exclusiva es claramente inferior a la promiscuidad.

No hay tal cosa como la aparición súbita del universo *gay* en la ciudad de México de los años veinte. Ya estaba allí, en las catacumbas informativas, en la rigurosa disciplina nocturna, al acecho perpetuo de conquistas, rebotante de frustraciones y relatos gemebundos de huidas de la provincia y escenas familiares con el corolario de "¡Te me largas!", en los seres de doble vida que actúan la alegría y la audacia en el ghetto y se decoloran o se almidonan en sus trabajos. Lo que *La estatua de sal* transparenta es el método para apuntalar sueños sociales: para que el cielo de la heterosexualidad exista, se requiere construir, con la saña minuciosa de la negación de cualquier derecho humano, el infierno de los homosexuales, un infierno consistente en búsquedas de sexo rápido, desprecios y acoso social:

Descubierto el mundo soslayado de quienes se entendían con una mirada, yo encontraba aquellas miradas con sólo caminar por la calle: la Avenida Madero, por la que entonces la gente paseaba lentamente todas las tardes. Allí, en guardia a la puerta de El Globo, estaba siempre, con su bastón, sus polainas, su chaleco de seda, la mirada vaga y alerta de su *pince-nez*, sus bigotes grises aderezados, el señor Aristi, a quien llamaban *La Nalga que Aprieta*; por la puerta de junto al Globo se subía al despacho del licenciado Solórzano —de quien contaba Ricardo que en su casa cantaba arias de ópera (*Ninon, Ninon qu'as-tu fait de la vie*), y al que apodaban *La Tamales*, porque hacía sus conquistas invitando a los jovencitos a merendar “unos tamalitos y una cerveza”. Por ahí andaba a caza de clientela o de surtido, la *Madre Meza* —que nunca se acostaba con la mercadería que procuraba para sus compradores, supervivientes refinados del porfirismo...

La imagen de conjunto es de una enorme desolación. Un orbe regido por la cacería, la compra, la espera, el autoescarnio, la befa de los semejantes, siempre queriéndolo o no, se ajusta a las versiones más negativas de la visión heterosexual; en otro nivel auspicia al humor y el vuelo imaginativo de la transgresión. Novo carece de solidaridad explícita para con el paisaje humano que describe, pero su valentía es la mayor solidaridad entonces posible. El sarcasmo, la sátira, la desolación lírica, el ingenio, la brillantez social, son formas o métodos para darles voz a quienes entonces nadie considera dignos del uso de la palabra.

Para los *gays* de una larga etapa, y al respecto los testimonios abundan, la vida de *ghetto* es sórdida, con la sordidez de esas afueras regidas por el ya no tener nada que perder. *La estatua de sal*, en su turno, es literatura. Paz, tal vez sin tomar en cuenta las atroces circunstancias de la época, resume así la actitud *gay* de Novo, Pellicer y Villaurrutia: “Fueron honrados consigo mismos y se enfrentaron con entereza y aún con humor a la intolerancia. Sin embargo, no se encuentra en sus escritos la independencia moral y la coherencia intelectual de un Gide o la rebeldía de un Cernuda”. No, no se encuentra pero sí es palpable la rebeldía del no ocultar, en un espacio bastante más cerrado que el de París en el tiempo de *Si la semilla no muere* y *Corydon*, y hay también, en el caso de Novo, la insolencia de distribuir sus poemas “secretos” y la edición de su pieza *El Tercer Fausto*. Y en cuanto a independencia moral es innegable la de Pellicer y Villaurrutia y hasta cierto momento, la de Novo. De alguna manera, al Novo anterior a su pertenencia a la burguesía, el Novo precisamente de la producción satírica y la escritura de *La estatua de sal*, podría aplicársele lo que en 1905, luego de la publicación primera de *De profundis*, dice Bernard Shaw de su autor:

Nuestra moralidad presente es un error repugnante y, como Wilde pudo haber dicho, "vulgar". No es ni siquiera ética. Y la grandeza de Wilde se fundamenta en un hecho: nuestra moralidad no pudo engañarlo, y los moralistas de su tiempo no pudieron ni quebrantarlo ni deshonrarlo.

Hasta lo último, él se atuvo a su pose, porque era una pose honesta. Por esa misma razón le ha sido inconveniente en grado sumo a la moralidad inglesa que es también una pose, pero sin siquiera el pretexto de ser una pose honesta.

El espacio de movilidad y resistencia de los Contemporáneos es muy limitado, pero lo usan con inmenso talento para escribir, adelantar una nueva cultura y, en el caso de Novo, para hacer del desquite satírico el método de compensación psicológica y alegato cultural. De acuerdo a este criterio la mayor independencia moral es no dejarse y no mentir respecto a la naturaleza de su deseo:

Si pudieras quedarte, dueño mío,
si yo pudiera compartir tu lecho:
sentir tu corazón junto a mi pecho
vibrar en jubiloso desvarío.

La estatua de sal es un experimento: el mensaje a un porvenir que sabrá leerlo sin juicios condenatorios al calce. A esta distancia, no queda duda: si lo que fue provocación es hoy un ejercicio de los derechos, lo que fue "vulgaridad indecible" reaparece como valioso testimonio del cambio de costumbres y del hombre excepcional que sin programa explícito prestigió los cambios con su radicalísima actitud.